



LA CASA DE LOS LAMENTOS

Crónica de un juicio por asesinato

Helen Garner

Traducción de Alba Ballesta

LA CASA DE LOS LAMEN- TOS

Crónica de un juicio por as-
esinato

Helen Garner

Traducción de Alba Ballesta

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *This House of Grief*

© Helen Garner, 2014

© de la traducción, Alba Ballesta

© Libros del K.O., S.L.L., 2018

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511

28020 - Madrid

ISBN: 978-84-17678-00-5

CÓDIGO IBIC: DNJ, LNFJ, BTC, 1MBF

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Victoria Chezner (detalle de la obra *Roads*)

MAQUETACIÓN Y ARTES FINALES: María O'Shea

CORRECCIÓN: Andrés Molina

A la Corte Suprema de Victoria:
«Esa atmósfera sórdida, esa casa de fuerza y
lamentos».

DEZSŐ KOSZTOLÁNYI, *KORNÉL ÉSTI*

¿Vas a ir a la audiencia de Farquharson? Tengo sentimientos encontrados. Resulta imposible que lo haya hecho él, pero no hay ninguna otra explicación.

Un abogado en la Corte Suprema de Victoria, 16 de noviembre de 2007

*

No hay explicación alguna de la muerte de niños que sea aceptable.

LEON WIESELTIER, *Kaddish*

*

... la vida se vive en dos niveles de pensamiento y acción: uno en nuestra consciencia, y el otro solo se puede inferir de los sueños, de la punta de la lengua y de un comportamiento inexplicable.

JANET MALCOLM, *The Purloined Clinic*

I

En una pequeña ciudad del estado de Victoria, Australia, vivía un hombre junto con su mujer y sus tres hijos pequeños. Luchaban por salir adelante con el sueldo de limpiador de él, mientras se construían poco a poco una casa más grande. Un día, de repente, su mujer le soltó que ya no estaba enamorada. No quería seguir adelante con el matrimonio. Le pidió que se mudara. Los niños se quedarían con ella, y él podría verlos siempre que lo deseara. Le instó a que se llevase de la casa todo lo que él quisiera. Lo único que le reclamó, y que consiguió, fue el más nuevo de los dos coches que tenían.

El desdichado marido agarró su almohada y se fue a vivir a casa de su padre viudo, a un par de calles de distancia. Poco después, a su mujer se la empezó a ver en compañía del albañil que habían contratado para enlosar la casa nueva. El obrero era un cristiano renacido con varios hijos y su propio matrimonio roto. La mujer recién separada comenzó a acudir con él a la iglesia, y más adelante el marido lo identificó conduciendo por la ciudad al volante del coche que él mismo había comprado con el sudor de su frente.

Llegados a este punto, el relato evoca una canción *country*, una historia triste de amores traicionados, una melodía lacerante y dulce a la vez.

Sin embargo, diez meses más tarde, una noche de septiembre de 2005, justo después de que oscureciese, mientras el marido rechazado, tras una excursión por el Día del Padre, llevaba a sus hijos en coche de vuelta a casa de su madre, el viejo Holden Commodore de color blanco se salió de la carretera, apenas cinco minutos antes de llegar, y se precipitó a una balsa. Él consiguió salir del coche y nadó hasta la orilla. El vehículo se hundió hasta el fondo, y los

niños se ahogaron.

*

Lo vi en las noticias. De noche. Matorrales. Agua turbia y oscura. En la penumbra, un helicóptero. Hombres con chalecos y cascos. Algo terrible. Algo estremecedor.

Ay, Dios, que sea un accidente.

*

Cualquiera puede acceder al lugar en que murieron los niños. Saliendo de Melbourne por el suroeste, hay que tomar la autopista Princes, la carretera que rodea el continente. Dejar Geelong a un lado, resistir la llamada de la salida a la Surf Coast y seguir adentrándose en dirección a Colac, en el majestuoso valle volcánico que se extiende por el suroeste de Victoria.

En agosto de 2006, después de que en una audiencia en Geelong un juez enviase a juicio a Robert Farquharson por tres cargos de asesinato, me dirigí hacia allí un domingo por la mañana, acompañada por una vieja amiga. Hacía poco que su marido la había dejado. Su pelo estaba teñido de un rojo desafiante, pero su mirada, huera y triste, estaba llena de desconsuelo. Ambas pasábamos de los sesenta. Cada una de nosotras había encontrado la manera de superar —pero también de infligir— el dolor y la humillación de un divorcio.

Era un día primaveral. Dejamos Geelong atrás y enseguida atravesamos praderas amarillas con margaritas, delimitadas por oscuros cipreses que hacían de cortavientos. Nubes planas y de un blanco luminoso danzaban en el cielo. Mi amiga y yo nos habíamos criado en esa región. Conocíamos bien esa belleza melancólica, esas vastas y apacibles superficies. Mientras avanzábamos por la carretera de doble sentido, abrimos las ventanillas para que entrara el aire.

Unos cuatro o cinco kilómetros antes de llegar a Winchelsea se presentó ante nosotras la larga y suave pendiente

del paso elevado. ¿Sería ese el lugar? Dejamos de hablar. Cruzamos aquella colina artificial. Desde arriba miramos hacia abajo y descubrimos, delante y a la derecha de la carretera, una balsa en mitad del campo. No tenía ese aspecto funcional cuadrado propio de una balsa de granja, sino una forma más ovalada y femenina, como una lágrima alargada rodeada de unos cuantos arbolitos. La orilla sur corría en paralelo al extremo norte de la carretera, a unos veinte o treinta metros del asfalto. Me había imaginado la trayectoria del coche de Farquharson como una simple salida de la carretera por el lado izquierdo, pero para hundirse en aquella balsa desde el otro lado el coche tendría que haber girado bruscamente a la derecha para cruzar la línea blanca del centro e invadir el carril contrario, esquivando a todos los coches que fueran en dirección opuesta.¹ Mientras reducíamos la velocidad al circular por el paso elevado en dirección a Winchelsea, obligándonos a seguir con la mirada fija hacia la derecha, vimos algunas cruces blancas, tres de ellas bien clavadas en la hierba entre la carretera y la valla. Avanzamos, como si no nos estuviese permitido detenernos.

Calculábamos, de forma algo vaga, que Winchelsea tendría cerca de seis mil habitantes, pero en la entrada al municipio una señal rezaba que la población era de 1.180, y una vez que habíamos bajado la cuesta hasta el paso elevado de color azul que cruzaba el río y lo habíamos subido por el otro lado, y que habíamos pasado una hilera de tiendas y colegios, ya divisábamos los límites de la ciudad. En un lugar tan pequeño, todo el mundo estaría al corriente de lo que hicieras.

A menos de dos kilómetros de la ciudad, doblamos por una carretera secundaria y dimos con una zona verde donde podríamos comer nuestros bocadillos. Nos sentíamos torpes, casi culpables. ¿Por qué habíamos ido? Hablábamos en voz baja, evitando el contacto visual, con la mirada fija en los campos soleados.

¿Crees que la historia que le contó a la policía podría ser

cierta, que un ataque de tos hizo que se desmayara al volante? Eso existe. Se conoce como síncope tusígeno. La exmujer juró en la audiencia preliminar que él amaba a sus hijos. ¿Y eso qué tendrá que ver? ¿Desde cuándo amar a alguien significa que no quieras matarlo en algún momento? Dijo que fue un accidente trágico, que él nunca les habría hecho el más mínimo daño. Cuenta con el apoyo de toda su familia. En el juzgado tenía a una hermana a cada lado y un pañuelo bien planchado en la mano. Incluso la familia de la exmujer afirmó que no era culpa suya. Pero ¿acaso no había pruebas policiales controvertidas? ¿Qué hay de las huellas que había dejado el coche? ¿Y qué decir de la huida? Sí. Dejó a los niños dentro del coche que estaba hundiéndose y se fue a dedo hasta la casa de su exmujer. En las fotos se le veía enorme. ¿Es un tipo alto? Para nada, era achaparrado, los ojos hinchados. ¿Lo viste de cerca en la audiencia preliminar? Sí, me aguantó la puerta. ¿Te sonrió? Lo intentó. Tal vez sea un psicópata. ¿No es así como consiguen atraerte, siendo encantadores? Su aspecto no era encantador. Era terrible. Penoso. ¿Qué pasa? ¿Sientes pena por él? Bueno, no sé si me da pena. No sé lo que esperaba, pero era un tipo corriente. Un hombre como cualquier otro.

El cementerio, a las afueras de Winchelsea, debía de ocupar más o menos una hectárea de terreno inclinado, a cielo abierto. No había nadie por allí. Estuvimos un rato deambulando arriba y abajo. Ni rastro de los Farquharson. Tal vez la familia fuese originaria de otra ciudad. Pero mientras avanzábamos despacio hacia el coche vislumbré un grupo de arbustos, y entre ellos descubrí una lápida muy alta de granito pulido, con un apellido largo grabado en ella y tres fotografías ovaladas. Nos aproximamos con cierta reticencia.

Algunos forofos de la liga australiana de fútbol² habían clavado en el barro junto a la tumba uno de esos molinillos de viento con el símbolo del Essendon. Las sinuosas aspas de plástico se agitaban con ligereza. En las esquinas supe-

riores de la lápida se habían grabado, en dorado, el escudo del Club de Fútbol de Essendon y un dibujo de Bob el Constructor. Los niños miraban al frente con sincera alegría, el pelo rubio bien cortado, los ojos brillantes. Jai, Tyler, Bailey. «Queridos y amados hijos de Robert y Cindy, en manos de Dios hasta que nos volvamos a encontrar». Examiné el conjunto con una sensación parecida al terror. Con frecuencia, durante los siete años siguientes, me arrepentiría de no haberles rezado aquel día y haber seguido mi camino. Del césped bien segado brotaban florecillas rosas. Arrancamos algunas y las dejamos sobre la tumba, pero el viento siempre terminaba llevándoselas. Las ramas y piedras con las que intentamos sujetarlas resultaron demasiado ligeras para resistir los incesantes embates del viento primaveral.

*

Entre la audiencia preliminar y el juicio transcurrió un año. Cuando el nombre de Farquharson se mencionaba en una conversación, la gente se estremecía. Los ojos de las mujeres se llenaban de lágrimas. Todo el mundo tenía una opinión. La historia del ataque de tos generaba incredulidad y desprecio. El sentir general era que un hombre como Farquharson no podía tolerar la pérdida del control experimentada cuando su mujer rompió con el matrimonio. La gente volvía siempre a esa explicación. Sí, debía de ser eso: no podía soportar perder el control de su familia. O se trataba de eso, o era alguien malvado. Diabólico. No entiendo a esos tipos, decía una abogada feminista. Es la mujer quien los deja, de acuerdo, pero los hombres no tienen un reloj biológico. ¿Por qué no se buscan una novia nueva y tienen más hijos? ¿Por qué tienen que matar a todo el mundo? Lo hiciera a propósito o no, soltó una mujer mayor, ¿cómo va a expiar esa culpa un cristiano? Una infinidad de hombres declararon, angustiados y llenos de rabia, que aquello no podía haber sido un accidente, que un padre que quiere a sus hijos nunca saldría del coche y se alejaría nadando. Haría todo lo posible por salvarlos, y si no lo con-

seguía se hundiría con ellos. Muy pocos eran los que, tras ese tipo de declaraciones, hacían una pausa y añadían en voz baja: «Por lo menos, así es como confío en que actuaría yo».

Cuando yo decía que quería escribir sobre el juicio, los demás me miraban en silencio, con una expresión que no alcanzaba a interpretar.

*

El 20 de agosto de 2007, dos años después de que el coche se hundiera en la balsa, se abrió el juicio de Robert Farquharson en la Corte Suprema de Victoria. Como periodista autónoma y ciudadana curiosa, había pasado muchos días, ensimismada y sola, en las salas de aquel edificio decimonónico situado en el centro de Melbourne, con su cúpula y sus patios adoquinados y su hermosa fachada en mitad de las calles Lonsdale y William. Sabía cómo manejarme y comportarme dentro de aquellos espacios, pero no podía acercarme a la entrada principal sin un subidón de adrenalina y un secreto sentimiento de pismo.

En aquella ocasión había llevado conmigo a la hija de una amiga íntima, una adolescente de dieciséis años pálida, callada, con pelo rubio platino y ortodoncia, enfundada en unos vaqueros y una sudadera azul claro. Se llamaba Louise. Estaba de año sabático. Me sentía agradecida por su compañía y por su inteligencia precoz. Nos instalamos en los asientos para la prensa de la sala tres, al lado de un grupo de alegres periodistas. Por lo que se podía escuchar, para ellos Farquharson ya estaba juzgado y condenado.

La sala era preciosa. Tenía un techo alto, paredes de yeso y accesorios de madera oscura y maciza, pero, como ocurría en todas las salas de aquel edificio antiguo y majestuoso, resultaba complicado e incómodo desplazarse en ella. El banquillo de los acusados ocupaba toda la pared del fondo, y en él, tras un cordón de terciopelo rojo, estaba sentado Robert Farquharson con una deslumbrante camisa blanca de cuello rígido y corbata. Había entrado como un

hombre libre, aunque el período de fianza había acabado y ya estaba detenido. Pese a que la estancia estaba llena de personas que lo apoyaban, se le veía asustado, diminuto y terriblemente solo.

Jeremy Rapke, consejero de la reina, fiscal jefe y pronto también director de la Fiscalía Pública, había representado a la corona en la audiencia preliminar de Farquharson. Era un señor esbelto y de aspecto sereno, con una barba grisácea bien recortada y unos labios que se presentaban en su rostro en forma de mueca brusca, la de alguien que debía de pasar horas y horas escuchando tonterías.

—Vaya —dijo Louise en voz baja—. Parece un halcón.

Los abogados que yo conocía coincidían en que era magnífico en los juicios, y en la audiencia preliminar había resultado fascinante verlo en acción. Parecía no costarle demasiado esfuerzo y medía muy bien lo que decía, en un tono bajo y educado, como si sus palabras fuesen solo la capa más superficial de un entramado más grande que tenía lugar dentro de su cabeza. Pero aquel día el discurso final, pronunciado con la misma delicadeza, había brotado de él como un torrente imparable, elegante y rotundo. Ahora, al lado de su joven abogada asociada, Amanda Forrester, de pelo castaño y expresión jovial, que había entrado en la sala haciendo sonar sus tacones de aguja, Rapke permanecía en una silla giratoria con la espalda un tanto encorvada, la peluca inclinada hacia delante y la mejilla apoyada sobre la palma estrecha de una mano.

Las estrechas puertas acristaladas del fondo se abrieron de golpe y entró con tosquedad Peter Morrissey, condecorado con la Medalla al Valor, con la toga colgándole de un hombro y la peluca echada hacia atrás, dejando al descubierto una frente brillante. Alto, pálido y campechano, tenía cierto aire irlandés y la corpulencia y el porte de un jugador de rugby. Conforme avanzaba a zancadas hacia el final de la mesa de la defensa, eclipsando a su abogado asociado, Con Mylonas, silbaba con labios demasiado apretados el provocador himno del equipo de fútbol de Collingwood. Se giró para acercarse al banquillo de los acusados y exclamó:

mó con tono de camaradería: «¡A por todas, Rob!». Si Farquharson contestó, yo no pude escucharlo. Según decían, Morrissey acababa de volver de la Corte Penal Internacional en La Haya, donde había ganado un caso. Su valor estaba en alza. Se le veía un hombre espontáneo y carismático. La familia de Farquharson parecía compartir esa opinión. Fuera, en la entrada, todos ellos se apiñaban en torno a su corpulenta figura togada, alzando la vista hacia él con sonrisas esperanzadas que me sacaban de quicio.

A continuación entró el juez, Philip Cummins, un hombre de unos sesenta años de pelo plateado y rostro amable y apacible. Vestía una toga de color rojo intenso, pero no llevaba peluca. En el lóbulo de su oreja izquierda, un diminuto diamante lanzaba destellos de luz. Cummins era conocido en la ciudad. Los periodistas no tenían que explicarme por qué lo apodaban Phil el Fabuloso. En cualquier caso, transmitía tranquilidad, no resultaba altivo ni amenazante; sobre la tarima, detrás de la mesa, se inclinaba hacia delante con los codos apoyados y se dirigía al tribunal con una cordialidad encomiable.

Había un jurado convocado, diez mujeres y cinco hombres, las doce personas requeridas más tres de reserva. Aquel no sería un juicio corto. A la mañana siguiente ya se había aceptado la renuncia de una de las mujeres. Los miembros del jurado accedieron al palco y se sentaron con las manos cruzadas, mirando a su alrededor con nerviosismo. Permanecían sentados con los hombros inclinados hacia delante, como si su nueva tarea ejerciera presión sobre ellos. En adelante, hasta el final del juicio, cada vez que entraban en la sala, Farquharson se levantaba de un brinco del banquillo y permanecía de pie hasta que todos se sentaban, un protocolo que parecía querer decir: mi destino está en vuestras manos.

*

La tarde del domingo 4 de septiembre de 2005, Día del Padre, dos jóvenes de Winchelsea, Shane Atkinson y Tony

McClelland, dejaron a sus perros en casa de una mujer que conocían para que los cuidara durante la noche y se fueron en el Commodore de Atkinson a una barbacoa en Geelong para celebrar el nacimiento del niño que la novia de Atkinson había traído aquel día a casa desde el hospital.

Como Atkinson, primer testigo del fiscal, negoció quedarse en el estrecho pasillo por delante de los asientos de los familiares, dos mujeres que, por la forma de sus ojos, solo podían ser hermanas de Farquharson lo examinaban con una mirada fría. De pelo oscuro, alto y delgado, iba vestido de negro de la cabeza a los pies. Se instaló en el estrado, de cara a la señora Forrester, con la postura desgarrada y pacífica de un niño que espera una reprimenda. Hablar era una ardua tarea para él. Arrastraba las palabras y titubeaba. Cada vez que se le escapaba una palabra malsonante bajaba la cabeza y se le dibujaba una tímida sonrisa bobalicona y tierna.

Según él, debían de ser las siete y media y ya estaría oscuro cuando se acercó con su amigo Tony a aquel paso elevado, cuatro o cinco kilómetros al este de Winchelsea. Vieron que algunos coches delante de ellos daban un volantazo de repente y luego seguían como si tratasen de esquivar algo. Justo entonces un hombre apareció delante de los faros, agitando los brazos enérgicamente. Shane tenía los nervios a flor de piel: su hermano se había quitado la vida apenas un par de meses antes. Dio un frenazo y salió disparado. El hombre fue corriendo hasta él.

—Le dije: «¿Qué coño haces ahí parado en medio de la carretera? ¿Pretendes matarte, tío?». No entendíamos qué le pasaba. No paraba de maldecirse: «Ay, joder, ¿qué he hecho? ¿Qué ha pasado?».

El hombre masculló que había metido su coche en la balsa; que había matado a sus hijos, que había revisado los rodamientos, o había tenido un ataque de tos. De repente se había encontrado a sí mismo con el agua a la altura del pecho. No paraba de decir que lo único que quería era que lo llevasen de vuelta a casa de su señora, para poder decirle que había matado a sus hijos.

El hombre era bajo y robusto, jadeaba y estaba calado hasta los huesos, cubierto de cieno y barro. Pero ¿de qué iba esa historia inverosímil? ¿Estaba en sus cabales? Shane pensó que podría tener algún tipo de retraso. De vez en cuando se topaban con tipos raros por el camino. Tony era relativamente nuevo en la zona. Hasta ese momento apenas se había dado cuenta de que allí había una balsa a la orilla del paso elevado. Shane se había criado en Winchelsea y había pasado junto a esa balsa en incontables ocasiones, aunque ni siquiera él sabía que fuera lo bastante profunda como para que un coche desapareciera en ella sin dejar más rastro que unas cuantas burbujas. Se irguió sin llegar a salir del coche y se inclinó para ver mejor el agua. Tony y él se alejaron de la carretera hasta llegar a la valla. Era una noche cerrada, pero seca y despejada. Cada vez que pasaba un camión por el paso elevado seguían la estela de sus focos para examinar la superficie de la balsa. El agua parecía cristal. Seguro que ahí no había pasado nada.

A Shane le quedaba saldo en el móvil. Intentó dárselo al hombre para que pudiese llamar a una ambulancia, a la policía. Se negó. No dejaba de suplicarles que lo llevaran a casa de Cindy.

—¡No pienso ir a ningún lado si es que acabas de matar a tus hijos! —decía Shane—. Somos dos tirillas, pero podemos meternos en el agua e intentar bucear.

Sin embargo, el hombre seguía insistiendo, y quizá lo repitió cien veces:

—No, no vayáis ahí. Es demasiado tarde. Ya se han ido. Solo tengo que volver y decírselo a Cindy.

Farquharson, que había estado llorando desconsolado durante las terribles acusaciones del fiscal en el discurso de apertura —había sido, según él, «un perturbador acto vil y cruel»—, escuchó todo aquello desde el banquillo con la cabeza inclinada y los ojos entornados, con una expresión de escepticismo.

—Entonces, ¿lo llevó a casa de Cindy? —dijo la señora Forrester con tono amable.

En la primera fila de los asientos para el público, en com-